

Emailgelio del 4 de enero de 2026
Segundo domingo de Navidad – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Me quedo con vosotros

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. (Jn 1, 1-18)



Dios se ha hecho uno de nosotros: **La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros**. La Palabra, que es Jesús, se ha hecho carne, la ha empeñado a nuestro favor. Efectivamente, este Dios entre nosotros, esta Palabra, está diciendo una cosa muy hermosa: “Mundo, te amo... Hombre, mujer, me quedo con vosotros... hacedme sitio”. San Agustín dice que “Dios se ha hecho hombre para que la persona humana sea Dios”.

Con esta decisión de habitar entre nosotros, para iluminar, hacer digna y salvar nuestra existencia, viviendo y luchando con nosotros, la Palabra constata también una dura realidad: *El mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron*.

Probablemente cada uno de nosotros puede descubrir en sí mismo zonas cerradas a la presencia del Señor. **A uno un exceso de amor propio le puede llevar a no aceptar ninguna crítica**, ningún cambio, aunque ese cambio conseguiría hacer las relaciones más sinceras. **Otro no está dispuesto a sacrificar nada de su comodidad** para ayudar a otras personas a mejorar una situación. **Otro no puede perdonar** y en su corazón se levanta un muro que impide la entrada del amor. **Otro siente la necesidad de dominar** y fácilmente usa a los demás como pedestal o convierte la relación en un acto de egoísmo en que no piensa para nada en los sentimientos y en el bien del otro. Otro tiene una inclinación, un defecto, una costumbre que destruye los buenos propósitos y traiciona las propias convicciones. **Otro se considera mejor que los demás**, juzga con facilidad, es intolerante, no disculpa ni se excusa nunca. Otro reacciona a menudo con violencia. En resumen, **cada uno sabe qué puertas tiene todavía cerradas al Señor** dentro del propio corazón y en las propias actitudes.

Pero si es verdad que la Palabra, Jesús, no ha sido recibida por los suyos, también es verdad que *a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios... Estos han nacido de Dios*. Entonces hay que recordar también la parte de luz que hay en la persona humana. Tantas actitudes generosas que muestran que la Palabra ha entrado entre nosotros, que no se ha quedado fuera. Se deben abrir todavía muchas puertas para que entre más el Señor en nuestras vidas y en nuestra sociedad, pero **hay que reconocer la presencia de Jesús entre nosotros**, y la vemos en personas y grupos humanos.

Emailgelio del 11 de enero de 2026
Bautismo del Señor – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Adulto cristiano

En aquel tiempo, fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: “Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?”.

Jesús le contestó: “Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere”.

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el

Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto”. (Mt 3, 13-17).



Hoy el evangelio nos presenta a un Jesús adulto, dispuesto a iniciar un nuevo estilo de vida para cumplir una misión. **Su bautismo marca el momento solemne en el que asume su vocación y, por tanto, su misión en el mundo.** Y el Padre manifiesta su alegría: ***Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.***

El profeta Isaías decía que la misión de Jesús iba a consistir en “abrir los ojos de los ciegos, sacar a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en las tinieblas” (Is 42,7). El apóstol Pedro, por su parte, relacionando el bautismo de Jesús con su misión, señalaba lo que había sido el empeño de la vida de este: **pasar haciendo el bien y curar a los oprimidos.** Por tanto, la responsabilidad fundamental de Jesús adulto es **hacer el bien.**

También para el cristiano adulto, el objetivo de su vida tiene que ser **hacer el bien**, como Jesús, ayudar a los que pueda a liberarse de las cadenas que les mantienen atados en medio de las tinieblas.

El objetivo de hacer el bien lleva a una existencia que produce gozo y felicidad en la propia persona y en la comunidad humana. Por una parte, para ser adultos maduros, necesitamos antes haber sido plenamente niños. La sencillez, la capacidad de asombro, el corazón bondadoso del niño son también cualidades de un buen adulto.

Pero no se puede permanecer siendo niño toda la vida. Es verdad que no debemos matar al niño que llevamos dentro y que a veces no tiene espacio para salir porque las situaciones difíciles de la vida oxidan o aprisionan el corazón. Sin embargo, no hay que plantarse en la etapa infantil, **se deben asumir responsabilidades, no centrarse en sí mismo, no obrar por lo que me apetece sin pensar en las consecuencias.** Tenemos que desarrollar lo positivo de la propia infancia, haciéndolo crecer y adaptar a las nuevas situaciones adultas, y purificar lo negativo para tomar en serio la existencia y la misión en la vida.

A veces actuamos como niños fascinados por lo inmediato sin mirar más allá, sin asumir nuestra responsabilidad de adultos cristianos que piensan siempre en clave de “hacer el bien”. Los psicoanalistas distinguen el “principio de placer”, propio del niño, y el “principio de realidad”, que debe caracterizar al adulto.

Ser adulto implica crecimiento progresivo, paciencia y constancia con uno mismo y con la imperfección de la propia fe, confiando en Dios. Charles de Foucauld (1858–1916) después de su conversión decía: “Yo, que tanto había dudado, no lo creí todo en un día”.

Emailgelio del 18 de enero de 2026

Segundo domingo del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Encontrar en Jesús el sentido de la vida

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: “este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: ‘Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo’. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel”. Y Juan dio testimonio diciendo: “He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo’. Y yo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios”. (Jn 1,29-34)



Aunque aquí Juan Bautista se exprese de un modo un poco complicado para nosotros, hay algo que nos es posible entender: **Jesús puede llenar una vida, dar una razón de vivir.** “¡Este es el hombre!”, dice prácticamente Juan refiriéndose a Jesús.

Hay muchos jóvenes y mayores que no encuentran sentido a su vida. Y esto se agudiza en países de nivel económico y material más alto. **Muchas veces esos jóvenes tienen de todo materialmente, pero les falta una razón de vivir.** Se constata que “hoy en día para la mayoría de los jóvenes se ha ampliado la distancia entre lo que querrían ser y lo que podrán ser”,

Jesús no es un ser mágico que resuelva a nadie el problema de falta de trabajo ni la angustia que eso produce. Pero **no es lo mismo afrontar la vida y sus problemas sin una razón de vivir**, sin encontrar sentido a la propia existencia, que sabiendo que vale la pena luchar porque mi existencia tiene un sentido.

El ganador del Tour de Francia de 2012, el británico Bradley Wiggins, decía al final de la carrera gala que, aun reconociendo haber soñado desde niño con este triunfo para emular a sus ídolos ciclistas, “hay cosas en la vida que significan más para mí. El deporte es mi carrera, no mi vida... Ganar el Tour está bien, pero es deporte. La vida es mucho más importante”.

Para Juan Martín Velasco, “**ser creyente significa... aceptar que la vida es un don que agradecer, a la vez que una tarea que realizar**; que no está enteramente en nuestras manos, aunque también dependa de lo que nosotros queramos hacer con ella; que podemos confiar que está en buenas manos, vale la pena, tiene sentido y, si seguimos la voz del bien y no traicionamos a lo que nuestra propia conciencia nos muestra como verdadero, llegará a un buen puerto que ahora no podemos ni imaginar... Ser creyente se manifiesta también en anteponer el respeto de los demás al propio beneficio, la justicia a la propia ganancia, ser sensible al sufrimiento de los otros y estar dispuesto a sacrificios personales por aliviarlos. **Ser creyente comporta además vivir con la alegría que procuran el trabajo bien hecho y hecho con gusto**, la contemplación y el goce de la belleza en todas sus manifestaciones, la búsqueda y el descubrimiento de la verdad. Ser creyente aporta a la vida fortaleza para afrontar los sufrimientos, sin dejarse abatir por ellos y luchando para superarlos”.

Emailgelio del 25 de enero de 2026
Tercer domingo del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Una actitud nueva

Al enterarse Jesús que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: “País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande: a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló”. Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: “Convertíos porque está cerca el Reino de los cielos”. Paseando junto al lago de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: “Venid y seguidme y os haré pescadores de hombres”. Inmediatamente dejaron las redes y le siguieron. Y pasando adelante, vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. Recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo. (Mt 4, 12-23)



Hay un principio grabado en nuestra existencia: ***elegir supone renunciar***. Cuando uno se casa renuncia a la vida individual, a su familia para formar una nueva familia. Procurará mantener el cariño y las buenas relaciones con la familia de origen, pero ahora se ve implicado en un proyecto nuevo de vida. Igualmente, a veces hay que elegir entre dos cosas buenas y, por tanto, renunciar a una de ellas, incluso renunciar a obras sociales y caritativas para atender a la familia. **La fidelidad al propio proyecto de vida comporta sacrificios para no traicionar las propias opciones**: si no se es capaz de renunciar, se puede escoger un camino equivocado o alejado de lo que uno quiere en el fondo para seguir lo que apetece o atrae en el momento.

¿Cómo obedecer hoy a la llamada de Jesús a dejarlo todo para seguirle? Hay en el evangelio de hoy dos expresiones claves: una, *Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos*; la otra, *Os haré pescadores de hombres*.

La conversión no supone necesariamente cambiar de oficio o de casa ni enterrar las propias cualidades, sino utilizar estas en una nueva dirección: seguir siendo buenos pescadores, poniendo todas las energías al servicio del reino de Dios, es decir, de la justicia, del amor y de la paz.

Jesús puede pedir hoy a algunos que dejen materialmente las redes, la barca y la familia, todo lo que se tiene y a los suyos. A otros, el *venid y seguidme* de Jesús no les llama a dejar literalmente las redes, la barca y la familia. Pero también a ellos se les pide una conversión, una actitud nueva: no usar todas esas cosas egoístamente sino hacer que sirvan al amor. Que las cosas materiales, el trabajo, la sexualidad sirvan siempre al amor. Así serán fuente de alegría, felicidad y paz. Ejercer la profesión, las responsabilidades familiares, las relaciones sociales con un espíritu nuevo.

Juan Pablo II solía insistir en la *civilización del amor*. Creía que la aportación del cristiano a esa civilización del amor, mediante una actitud nueva, **haciendo la vida más amable y más humana, podría ser revolucionaria**.